

Stéphane Mallarmé
en *Oeuvres*, ed. J. Hytier, París. Gallimard, I, 1968, pp. 763 ss.,
644 ss., 1269ss., 660 ss.
Eupalinos
Littérature
en *ibíd.*, II, 1960, pp. 79 ss., 546 ss.

EL TEMA DE LA CASA EN LA OBRA DE LUIS CERNUDA

JULIO MANUEL DE LA ROSA

En *Ocnos* aparece un poema, "La casa" -fechado en 1963-, donde Luis Cernuda escribe:

a). "Desde siempre tuviste el deseo de la casa, tu casa envolviéndote para el ocio y la tarea en una atmósfera amiga".

b). (...) "Un día, cuando ya habías comenzado a rodar por el mundo, soñando tu casa, pero sin ella, un acontecer inesperado te deparó al fin la ocasión de tenerla. Y la fuiste levantando en torno a ti, sencilla, clara, propicia: la mesa, el diván, los libros, la lámpara -atmósfera que llenaban con su olor algunas flores de la temporada"¹.

Cernuda, ya casi al final de su largo exilio, evoca y describe el sueño imposible de una casa propia y el sentimiento amargo de no tenerla. Múltiples casa ajenas, prestadas, alquiladas o compartidas, la sensación de la casa extranjera poblada siempre por "la presencia y el ruido ofensivos de esos extraños con los que tantas veces ha sido tu castigo compartir la vivienda y la vida". Durísima la condición del exiliado que, un día de septiembre de 1928, abandona Sevilla para siempre, muy posiblemente sin volver atrás la cabeza. Al dejar la ciudad, herido por el "bacillus emigraticus" que le causará la muerte treinta y cinco años después, Cernuda pierde sus casas de Sevilla, tres ámbitos sagrados de su propia historia. La casa representa una posesión interior, el templo, la expresión simbólica del universo. El poeta acaba de ser expulsado del Edén² y cae en un mundo despoblado y hostil. Vivirá condenado a un largo viaje: Francia, Inglaterra, Estados Unidos, México. Siempre con el carácter como destino, Luis Cernuda morirá solo en una casa amiga, pero no en una casa propia. Cierta mañana de noviembre de 1963, Concha Méndez lo encontró en el suelo, fulminado, peinado y vestido, con su pipa en la mano, como un invitado correctísimo que acababa de llegar a la hora del desayuno.

Luis Cernuda nació en la casa número 6 de la antigua calle Conde de Tójar, hoy Acetres. La casa, actualmente convertida en la "Cristalería Valeriano Díaz", mantiene su fachada prácticamente igual. Los espejos multiplican hasta el infinito los rincones del patio, "aquel patio de luces grises y corredor alto encristalado, por donde las rendijas del aire metían cuchillos de frío"³, la escalera resonante donde el niño se sentaba durante las largas siestas del verano. (El

¹ Todas las citas de *Ocnos* corresponden a la edición de Seix-Barral, Barcelona, 1977. Introducción y notas de la profesora D. Musacchio.

² Para la teoría del Edén en la obra de Luis Cernuda: PHILIP SILVER, *Luis Cernuda, el poeta en su leyenda*. Ed. Alfaguara, Madrid, 1972. También: JULIO M. DE LA ROSA, *Cernuda y Sevilla (Albanio en el Edén)*. Ed. Edisur, Sevilla, 1981.

³ JOAQUÍN ROMERO MURUBE: "Responso difícil por un poeta sevillano", en *Luis Cernuda*. Edición de Derek Harris. Ed. Taurus, Madrid, 1977.

paciente dueño del taller levanta un poco la tarima y nos permite contemplar el mármol antiguo). Estamos en la casa primera, en la materia sagrada de la infancia, en un espacio mítico: el Edén cernudiano. Recordando el patio de aquella casa remota, Cernuda nos habla de la existencia del tiempo; compara el tiempo con una "colérica visión" armada de espada centelleante, capaz de arrojar del "paraíso primero". Pero Albanio, libre del agujijón de la muerte, está sentado en el primer peldaño de la escalera: "¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?". El espacio mítico de Albanio es reducido. No hay épica infantil, esfuerzo físico, juegos o aventuras con los otros, sino percepciones sutiles, habitación, interiores, calles próximas, barrio o jardín, el suceder de las estaciones, tiempo de crisálida. Desde la calle, Albanio percibe señales de la vida, nuevas experiencias que el niño -instalado siempre en una "segunda realidad"- registra cuidadosamente. Los pregones -Sevilla era entonces una ciudad llena de pregones-, indican el paso de las estaciones: claveles en primavera, los "pejerreyes" del verano, la "alhucema fresca" del otoño.

Fuera de los límites del Edén, el mundo y la existencia ofrecen espectáculos difíciles o extraños. Albanio está sumergido, como tantas veces, en una larga tarde estival. Algo pasa en la calle. Por Acetres o su alrededores aparecen unos seres misteriosos y Albanio presiente otro mundo, el desafío de otra condición humana, un grave secreto. Quizá camino de la Alfalfa, de la Encarnación o de Santa Catalina, pasan los "maricas":

"Iban vestidos con blanca chaqueta almidonada, ceñido pantalón negro de alpaca, zapatos rechinantes como el cantar de un grillo, y en la cabeza una gorrilla ladeada, que dejaba escapar algún rizo negro o rubio. Se contoneaban con gracia felina, ufanos de algo que sólo ellos conocían, pareciendo guardarlo secreto, aunque el placer que en ese secreto hallaban desbordaba a pesar de ellos sobre la gente".

(*Ocnos*: "El Escándalo", pp. 52-53).

En esta primera casa de la calle Acetres -la casa del piano vecino, del nacimiento de la "segunda realidad", la casa de la atmósfera inusitada-, Albanio, niño todavía, lee por primera vez a Gustavo Adolfo Bécquer. Vagamente presiente el misterio, los aleteos de la poesía. También aquí descubrirá, en la biblioteca paterna (única alusión al padre que aparece en *Ocnos*), unos libros de viajes con ilustraciones y grabados de tierras lejanas: la India, Japón, África. Pero Albanio, plenamente instalado en el Edén, no experimenta la llamada del viaje. El mundo, casi infinito, se extiende más allá de la casa, el patio, la escalera; un mundo donde Albanio tardará todavía en caer: "Terminada la niñez, caí en el mundo".

"Pisaba Albanio ya el umbral de la adolescencia, e iba a dejar la casa donde había nacido, y hasta entonces vivido, por otra en las afueras de la ciudad".

(*Ocnos*: "Belleza oculta", p. 59).

Albanio deja parte de su infancia en la calle Acetres. Es ya casi un adolescente. Al entrar en su nueva habitación, Albanio tiene una revelación importante; como un relámpago, una mezcla todavía muy confusa: adivinación de la belleza por una parte unida a la intuición de la soledad radical de su vida. Junto a estos sentimientos, el deseo de comunicación con los otros. En esta casa de Sevilla, Luis Cernuda sufrirá transformaciones decisivas.

Los pabellones militares del Cuartel de Ingenieros, en la avenida de la Borbolla, forman unas edificaciones mediocres: centinela en su garita, uniformidad y orden. Estamos ahora en las proximidades del Prado, frente al Parque de María Luisa. No estaba construida del todo la Plaza de España, a la que Joaquín Romero Murube llama "enorme tejado de bodega con torres". Luis Cernuda acude al Colegio Calasancio Hispalense de los Padres Escolapios, instalado en el Palacio de los Duques de Arcos y Osuna, en la Plaza de Ponce de León. Es el curso académico 1915-1916. Antes, entre 1913 y 1915, el niño Cernuda había iniciado sus estudios en el Colegio de San Ramón, en la calle Bailén.

Esta segunda casa será para Luis Cernuda el ámbito de un doble y conflictivo despertar: el sexo y la poesía. En el colegio se encuentra con un profesor de retórica que no cree en la retórica. Nos parece un momento decisivo en la biografía del futuro poeta. Se trata del P. Antonio López⁴, un gallego nacido en Samos el 12 de febrero de 1854 y que aparecerá retratado en *Ocnos* con el título de "El Maestro". El P. Antonio López era profesor de Preceptiva y Humanidades:

"Fué él, quien me hizo escribir mis primeros versos, corrigiéndolos luego y dándome como precepto estético el que en mis temas literarios hubiera siempre un asidero plástico".

(*Ocnos*: "El Maestro", pp. 74-75).

El P. López coloca a Luis Cernuda a la cabeza de la clase, "distinción que ya tempranamente comencé a pagar con cierta impopularidad entre mis compañeros". Aunque todavía muy joven, Luis Cernuda sospecha que la poesía es un quehacer secreto y vergonzoso, y el poeta un ser que debe esconder su dedicación detrás del rubor. Cuando el P. López intenta cierto día leer unos versos en clase, recibe el menosprecio de sus alumnos. Aquellos compañeros de clase son ya un trasunto de los futuros "paisanos" de Luis Cernuda.

No me queréis, lo sé, y que os molesta
Cuanto escribo. ¿Os molesta? Os ofende.

("A sus paisanos". *Desolación de la quimera*).

Los discípulos de Cernuda serán, a la vuelta de unos años, los magníficos y siempre vigentes enanos de Sevilla, afilando ya sus armas tradicionales: la ignorancia, la indiferencia y el olvido.

Junto con el pre-descubrimiento de la poesía, el sexo como un difícil y muy largo camino. Doble y grave condición que brota entre las paredes adustas de esta segunda casa de Cernuda en Sevilla, mientras el ronco y agudo grito de un pavo real, insomne por las alamedas del parque, traspasa la cálida noche de primavera y se confunde con la música y las voces que llegan desde la cercana Venta de Eritaña. Perfecta imagen del placer, del que Albanio sólo tenía el deseo:

"Niño aún, mi deseo no tenía forma, y el afán que lo despertaba en nada podía concretarse; y yo pensaba envidioso en aquellos hombres anónimos que a esa hora se divertían, groseramente quizá, mas que eran superiores a mí por el conocimiento del placer, del que yo sólo tenía el deseo".

(*Ocnos*: "El Placer", p. 68).

La poesía como soledad y el sexo, que poco a poco se irá convirtiendo en un oscuro sentimiento de marginación. Una noche de verano, en un teatro al aire libre, en el Prado de San Sebastián, muy cerca de su casa, el joven Cernuda tiene una visión esclarecedora:

"Sentado entre los suyos, como tú entre los tuyos, no lejos de ti le descubriste, para suscitar con su presencia, desde el fondo de tu ser, esa atracción ineludible, gozosa y dolorosa, por la cual el hombre, identificado más que nunca consigo mismo, deja también de pertenecer a sí mismo".

(*Ocnos*: "El Enamorado", p. 81).

Luis Cernuda todavía sin saberlo, iniciaba una larga indagación sobre su condición de hombre asediado por las "torres de espanto".

En 1918, la familia Cernuda cambia nuevamente de domicilio. Se trasladan a la calle Aire número 4, una casa típicamente sevillana situada en el casco antiguo, cercana al barrio de Santa

⁴ PEDRO ARNAIZ TEJADA: *Período escolar de Luis Cernuda*. Caja de Ahorros Provincial San Fernando de Sevilla, 1986.

Cruz; una calle estrecha, silenciosa, recoleta, casi siempre solitaria, recogida y fresca en el verano ardiente. Estamos de nuevo en la Sevilla antigua, dominada por la vida de los barrios: Santa María la Blanca, la Alfalfa, calle Abades, Cabeza del Rey don Pedro, Vírgenes, San Leandro. Si las dos casas anteriores representan el escenario de los sueños y la beatitud del Edén, junto con las primeras dudas de la adolescencia, la casa de la calle Aire es el marco para el definitivo descubrimiento del poeta, el decepcionante contacto con la Universidad, la conciencia de la soledad definitiva. Infancia y adolescencia han terminado ya y Cernuda acaba de caer en el mundo; se enfrenta, indeciso y desdeñoso como siempre, con el futuro. Elige, al igual que tantos jóvenes de su tiempo, la Facultad de Derecho, en cuyo curso preparatorio se matricula en el año académico 1912-20. Aula número 4, aquella vieja Universidad de la calle Laraña, cercana al alboroto y los olores del mercado de la Encarnación. Universidad de caserón enorme, solemnes escaleras, patio central, la iglesia con la tumba de Bécquer. Como era de suponer, Cernuda no siente el menor interés por el Derecho. Es fácil imaginar al poeta mirando con indiferencia o con rencor desdeñoso a Maese Rodrigo. Entre el bullicio estudiantil, Cernuda encuentra un refugio:

"Apoyado en una columna del patio, pensaste en tus días futuros, en la necesidad de escoger una profesión, tú, a quien todas repugnaban igualmente, y sólo deseabas escapar de aquella ciudad y de aquél ambiente letal".

(*Ocnos*: "El Destino", p. 95).

Viviendo en esta tercera casa de la calle Aire, se produce un acontecimiento, ya decisivo, en la existencia de Luis Cernuda:

"Hacía entonces el servicio militar y todas las tardes salía a caballo con los otros reclutas, como parte de la instrucción, por los alrededores de Sevilla; una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera, como si por primera vez entrara yo en comunicación con ellas, y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva, la urgencia de decir dicha experiencia. Así nació entonces toda una serie de versos, de los cuales ninguno sobrevive".

(*Historial de un libro* p. 234).

El segundo gran acontecimiento, no menos decisivo, será su encuentro, a través de Pedro Salinas, con la obra de André Gide. Salinas organizaba reuniones en su casa a las que acudían, junto con Cernuda, Joaquín Romero Murube, Higinio Capote, compañero de curso y buen amigo del poeta, Romero Martínez. Se hablaba de poesía, se leían y comentaban textos clásicos. Es por entonces cuando Salinas le descubre a Luis Cernuda la poesía francesa: Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud e insiste en la necesidad de que Cernuda aprendiera una lengua extranjera y le deja algunas obras de Gide. El contacto con la escritura y con el drama de Gide es muy importante. Cernuda reconoce en Gide el mismo problema íntimo que marcará su vida para siempre:

"Me figuro que Salinas no podía suponer que con esa lectura me abría el camino para resolver, o para reconciliarme, con un problema vital mío decisivo. De mi deuda con Gide algo puede entreverse en el estudio que sobre su obra escribí entre 1945 y 1946".

(*Historial de un libro* p. 236).

En esta casa de la calle Aire y hacia 1925, Luis Cernuda inicia lo que pudiéramos llamar con toda reserva su "carrera de poeta", de todos conocida. En 1927 se producirá un hecho fundamental: la publicación de su primer libro, *Perfil del Aire*, que aparece como el número 4 de los Suplementos de "Litoral". Es un momento de ilusión y catástrofe que Cernuda vive en esta casa de la calle Aire. Primera señal ya muy concreta del exilio, estrechamiento insostenible de la soledad que siente en Sevilla. Cernuda piensa que las críticas que recibe su libro son

intencionadamente adversas. Luis Cernuda, aislado y solitario en Sevilla, acababa de recibir un golpe del que en cierta manera, nunca se rehará.

En el mes de julio de 1928 (año decisivo en la vida del poeta), muere la madre; la familia vende la casa de la calle Aire. Cernuda se queda solo. Es el cumplimiento de su destino. Todas las casas se han perdido.